

tantos días... Los novios, al marcharse cada uno por su lado hacia sus casas, esparcidas en las laderas de los Pirineos, parejas que mañana reanudarán su existencia monótona y ruda, se miran antes de separarse, se miran en la tarde muriente con ojos apenados que dicen : « ¡ya se ha concluído el domingo, cuán poco dura !... »

V

Son las ocho de la noche. Los jugadores, excepto el Vicario, han cenado en la sidrería presididos por Itchúa; después de llenar el estómago, se han entretenido matando el tiempo envueltos en las nubes grises del humo de los cigarrillos de contrabando y escuchando las improvisaciones maravillosas de los hermanos Iragola, de la montaña de Mendiazpi. En tanto, afuera, en la calle, las muchachas, en grupos, del brazo unas de otras, pasaban por delante de las ventanas, entreteniéndose en mirar á través de los ahumados cristales las sombras redondeadas de aquellas cabezas cubiertas con boinas...

En la plaza se oyen los primeros compases del baile tocados por una pequeña banda; y los mozos, los chicos, todos los del pueblo y también algunos de la montaña que se han quedado á la diversión, acuden en bandadas impacientes.

El baile se mueve sin cesar á la luz de la luna nueva, cuyos cuernos, en el alto cielo, parecen descansar allá arriba, ligeros y delgados, sobre la

mole de la montaña. Las parejas que danzan, sin agarrarse, no se separan; delante el uno del otro, el galán y la muchacha, á igual distancia, evolucionan y se zarandean con rítmica gracia, como ligados por un imán invisible.

Ya se oculta la media luna, diríase que abismada en la cordillera tenebrosa; entonces traen faroles para colgarlos á los troncos de los árboles, y los jóvenes ven así mucho mejor á las mozas que, frente á ellos, se balancean y simulan continuamente querer huir, pero sin alejarse nunca; casi todas son guapas y van muy bien peinadas; un ligerísimo crespón les cubre el rodete, pegado á la nuca, y lucen con donaire, al moverse en el baile, sus vestidos á la última moda. Los bailarines, con cierta gravedad, marcan el compás de la música chasqueando rítmicamente los dedos en el aire: son hombres de rostros afeitados y curtidos á quienes las faenas del campo, del contrabando ó del mar les dan una sequedad peculiar, casi ascética; sin embargo, en la amplitud robusta de sus cuellos bronceados, en la solidez de sus espaldas, delátase la fuerza membruda de aquella raza milenaria, sobria y religiosa.

El baile gira sobre el tema de un antiguo vals. Todos los brazos, arriba y abajo, se agitan en el aire, suben y bajan con gallardos y cadenciosos movimientos siguiendo las oscilaciones del

cuerpo. Las alpargatas hacen más silencioso el baile ligerísimo; no se oye sino el roce de los vestidos y el moverse de los dedos, que imitan el son de las castañuelas. Con gracia verdaderamente española, las mozas, cuyas amplias mangas se despliegan como alas, bambolean sus talles bien ceñidos sobre las caderas vigorosas y flexibles...

Enfrente uno de otro, Ramuncho y Graciosa nada se dicen al principio, entregados al regocijo infantil de moverse de prisa, rítmicamente y al son de la música. Aquel baile, por lo demás, en el que nunca se rozan los cuerpos, es esencialmente comedido y casto.

Pero hubo también, durante la noche, valeses y otros bailables y aun paseos de bracete que permitían á los novios conversar y juntarse.

— ¿De modo, Ramuncho — dijo Graciosa, — que esperas tu porvenir del juego de pelota?

Los dos se paseaban, muy cerca el uno del otro, bajo los plátanos deshojados, en la noche de Noviembre, tibia como una de Mayo, un tanto alejados de la gente, mientras los músicos descansaban.

— Pues, sí; aquí es un oficio como otro cualquiera y produce dinero mientras duran las fuerzas... Además, se puede ir de tiempo en tiempo á dar una vuelta por América, ya lo sabes, como Irún y Gorostegui, y traer 20 ó

30.000 francos, ganados honradamente en una temporada en los frontones de Buenos Aires.

— ¡ Oh, América ! — exclamó Graciosa en un trasporte de entusiasmo y alegría. — ¡ América, qué felicidad ! ¡ Ha sido siempre mi ilusión ! ¡ Qué encanto atravesar el mar para ver aquel país tan lejano !... Iríamos á buscar á tu tío Ignacio ; después á casa de mis primos, los Bidegain, que tienen una granja en la frontera del Uruguay, en las praderas...

Ella se detuvo en su parla ; la jovencilla, nunca salida del pueblo que las montañas encierran y ciñen, soñó entonces con aquellos países remotos que en la imaginación visitaba muchas veces, pues ella, como la mayor parte de los vascos, antiguos emigrantes, había tenido parientes americanos ó indios, llamados así en la tierra porque pasan su vida laboriosa y aventurera al otro lado del Océano y no vuelven á su querida aldea sino al cabo de luengos años, para morir en el rincón amado. Y mientras ella soñaba, respirando con avidez, fijos los ojos en lo alto, en lo negro de las brumas y de las cimas cubiertas, Ramuncho sentía correr su sangre apresurada, latir más fuertemente su corazón, movido por la intensa alegría de lo que tan espontáneamente acababa de decir la joven. Inclinando hacia ella la cabeza, con acento infinitamente dulce y fresco, de timbre casi infantil,

le preguntó con tono un tanto burlón como si hablase en broma :

— ¿ Iríamos ? ¿ Por qué dices *iríamos* ? ¿ Tú conmigo ? ¿ Quiere decir que consentirás en que nos casemos un poco más tarde, cuando tengamos más edad ?

Ramuncho, á través de la obscuridad, vió el destello fulgente de los ojos de Graciosa que le miraban con expresión de asombro y como riñéndole.

— ¡ Ah !... ¿ pero no lo sabías ?

— Quería obligarte á decirlo, ya lo ves ; nunca me lo habías dicho...

Y estrechó contra el suyo el brazo de Graciosa ; y el andar de los dos se hizo más lento.

Nunca se habían dicho semejante cosa, no sólo porque les parecía que aquello era subentendido, sino también porque se sentían cohibidos, en el momento de hablar, por una especie de terror, el terror de engañarse y de que no fuese verdad lo que iban á decir. Pero ahora ya lo sabían, estaban seguros de ello. Y tenían conciencia, después de sus palabras, de que habían franqueado juntos el umbral severo y solemne de la vida. Y, apoyados uno en otro, se sentían casi desfallecer, á medida que avanzaban como dos niños, ebrios de juventud, de alegría y de esperanza.

— Pero ¿ crees que consentirá tu madre ? —

dijo Ramuncho tímidamente, después de largo y delicioso silencio.

— ¡Ay, es verdad!... — respondió la muchacha con un suspiro de inquietud. — Arrakoa, mi hermano, si estará á favor vuestro, es lo probable, pero mamá... ¿Si querrá mamá...? Pero en todo caso, eso no puede ser tan pronto... Tú tienes aún que servir en el ejército.

— No será así si tú quieres; no tengo que ir al servicio. Soy guipuzcoano, como mi madre, y no se me incluirá en la quinta si yo no lo pido... Así, pues, haré lo que tú quieras, lo que deseas...

— ¡Ay, Ramuncho, prefiero esperarte algún tiempo, que te naturalices y que, como los demás, seas soldado! Ya que desees que te lo diga, ese es mi pensamiento, es lo que querría.

— Muy bien, esa es también mi idea. Me es igual ser soldado español que francés. Mejor dicho, tu voluntad es la mía. Lo mismo me da una cosa que otra; soy vasco, como tú, igual que todos; lo demás no me importa. Ahora, entre ser soldado de este lado de la frontera ó del otro, prefiero serlo aquí; primero, porque si se rehuye el servicio militar, pasa uno por cobarde; y segundo, porque en sí mismo me agrada mucho, te lo diré con franqueza: eso y ver tierras, viajar: nada mejor para mí.

— Mira, Ramuncho, pues si te es igual, presta el servicio en Francia, me gusta más.

— ¡Bueno, Graciosa!... ¡Verás qué bien estoy con el pantalón rojo!... Vendré aquí como Videgaray, como Joaquín, á visitarte vestido de soldado. Y en cuanto se pasen tres años, á casarnos, ¿verdad? si tu madre no se opone.

En pos de un trecho de silencio, Graciosa, con voz muy baja y solemnemente, le dijo al joven:

— Escucha; pienso como tú, tengo miedo de ella... de mi madre. Pero óyelo, si no consiente en que nos casemos, haré lo que tú quieras, sea lo que fuere, porque esta es la única cosa en el mundo en que no estoy dispuesta á obedecerle...

Después, prometidos así el uno del otro, volvieron á sumirse en el silencio, el silencio incomparable de las alegrías juveniles, de las alegrías nuevas y no experimentadas que buscan la quietud y el recogimiento para penetrarse mejor de su propia intensidad. Iban los novios al azar, con andar menudo hacia la iglesia, extraviados en la suave obscuridad que ya no interrumpe a la luz de los faroles, embriagados nada más que en su inocente contacto y en sentirse el uno junto al otro, en medio de aquel camino solitario...

Pero ya á alguna distancia, habiéndose alejado para estar á solas un poco más que de costumbre, oyeron de repente nuevo es-

truendo de música, una especie de vals lento de extraño ritmo. Y los dos jóvenes, niños mejor, á los sones del baile, sin consultarse y como si se tratara de cosa obligada é indiscutible, echaron á correr, para no desaprovechar ni un compás, hacia el sitio donde las parejas daban. Á toda prisa, se pusieron el uno delante del otro y empezaron á balancearse cadenciosamente, siempre sin hablar, con los mismos airosos movimientos de brazos que antes, con igual flexible contonearse de caderas. De tiempo en tiempo, sin perder el paso ni la distancia, se iban en línea recta, despedidos como flechas en cualquier dirección. Era una variante de la danza, pero de nuevo se juntaban, volviendo con un deslizamiento como de cuerpos impalpables al punto de partida.

Graciosa se entregaba al baile con igual ardor apasionado que á la oración en las blancas capillas, y con que más tarde, sin duda, habría de prodigar sus caricias á su Ramuncho cuando el sacerdote les uniera. Á cada cinco ó seis compases, al mismo tiempo que su pareja de danza, daba una vuelta completa y rápida sobre sí misma, ostentando el busto y la cabeza airoosamente inclinados atrás, los labios entreabiertos, destacándose la hilera resplandeciente de su dentadura, á la vez que emanaba una gracia altiva y distinguida de todo su cuerpecillo,

tan oculto y tan misterioso y que sólo á Ramuncho se entregaba un tanto.

Durante todo el tiempo que duró el baile en aquella hermosa noche de Noviembre, danzaron el uno delante del otro, mudos, encantados, con intervalos de pasearse juntos, en los que apenas si hablaban más que de niñerías, más satisfechos en sumirse en el silencio pensando en el grave compromiso, delicioso y subentendido, que les había llenado el alma por completo.

Y hasta que sonó en la iglesia el toque de retiro, aquel humilde baile bajo las ramas del otoño, aquellos tristes faroles, aquella pobre fiesta, en un rincón cerrado del mundo, proyectaron un poco de luz y de estrépito gozoso en medio de la vasta noche, que parecía más muda y más negra ante las montañas, erguidas por todas partes como gigantes de sombra.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1606 MONTERREY, N. L.

VI

Tratábase de organizar un partido de pelota para el domingo próximo en Asparitz, donde se celebraba la fiesta de San Dámaso.

Arrakoa y Ramuncho, compañeros de continuas correrías por los alrededores del país, anduvieron de un lado á otro todo el día en el cochecillo de los Detcharry, con objeto de concertar ese partido que, á sus ojos, era un acontecimiento importante.

Ante todo, han ido á consultar el asunto con Marcos, uno de los Iragola, á quien encontraron sentado á la puerta de su casa que verdeaba en la sombra en un rincón del bosque, escultural y grave, con los ojos inspirados y el gesto noble, en actitud de darle la sopa á un hermanito todavía en mantas.

— ¿Es el undécimo? — le preguntaron riendo.

— ¡Ca! — respondió el primogénito de la familia, — el undécimo corre ya como un conejo entre la maleza. Este es el número doce; ya lo veis, el pequeño Juan Bautista, el nuevo chiquillo que, á mi entender, no será el último.

Después, bajando la cabeza para no chocar con las ramas, han recorrido los bosques, los tupidos encinares, bajo los cuales se extiende en inmensa maraña el encaje rojo de los helechos.

Han atravesado también numerosas aldeas, aldeas vascas, agrupadas todas ellas en torno de las dos cosas que son como el corazón del país y que simbolizan su vida: la iglesia y el juego de pelota. Aquí y allá, en no pocos sitios, han llamado á la puerta de casas aisladas, casas altas y grandes, cuidadosamente blanqueadas con cal, con galerías verdes y balcones de madera, donde se secan al sol rosarios de pimientos encarnados. Largamente han hablado en su lengua, tan incomprendible para los extraños, con los jugadores famosos, los campeones de título, pudiera decirse, aquellos cuyos nombres han publicado con elogio todos los periódicos del Sudoeste, que han figurado en los carteles de Biarritz ó de San Juan de Luz y que, en la vida ordinaria, son taberneros ó fondistas, herreros ó contrabandistas, con la chaqueta al hombro y las mangas de la camisa arremangadas enseñando el brazo de bronce.

Todo queda ya convenido y se han cambiado las palabras, firmes como un contrato, pero es demasiado tarde para ir á su casa de Echezar, y siguiendo sus costumbres errabundas, escogen para dormir una aldea á su amaño, Zit-

zarry, que han solido frecuentar en sus negocios de contrabando. Á la caída de la tarde vuelven bridas hacia ese lugar que está próximo y que confina con España. Siguen por las estrechas sendas del Pirineo, sombrías y solitarias, bajo las rugosas encinas que se despojan de su fronda, entre taludes ricamente tapizados de musgo y de helechos medios secos. Y ora van por las hondonadas donde rugen los torrentes, ya sobre las alturas ufanas que circundan por todas partes las ingentes crestas ensombrecidas.

Al principio hacia frío, verdadero frío que azotaba el rostro y el pecho. Pero de repente pasan y soplan bocanadas de viento del Sur, casi africano, cálidas y perfumadas con el aroma de las plantas, trayendo la ilusión lisonjera del verano. Á los jóvenes les produce una sensación deliciosa hender el aire tan bruscamente cambiado y correr velozmente bajo el soplo tibio, entre el cascabelear de los caballos que galopan locamente por las cuestas olfateando el albergue de la noche.

Zitzarry es una aldea de contrabandistas, un pueblecillo extraviado en la montaña que toca á la frontera. Tiene una taberna ruinoso y de mal aspecto, donde según costumbre, las habitaciones para hombres quedan sobre los establos, sobre las negras cuerdas.

Arrakoa y Ramuncho son allí viajeros bien

conocidos : y mientras se enciende el fuego en la cocina, ellos se sientan cerca de una antigua ventana que da sobre el frontón y sobre la iglesia. Y sus ojos se extasían contemplando el final del día y de la luz en este lugar tan alejado del mundo.

En el frontón ejercitan e los niños en el juego popular, el favorito de ellos; graves y ardorosos y fuertes, lanzan la pelota contra el muro, mientras una voz cantante, con la precisa entonación, cuenta y vocea los tantos respectivos en la misteriosa lengua de los antepasados. Alrededor, las casas, viejas y blancas, con paredes jibosas y vigas desplomadas, contemplan por sus ventanas rojas ó verdes á los diminutos jugadores que corretean entre el crepúsculo como los gatos jovencillos. Los carros de bueyes, en tanto, vuelven de las heredades con chirridos agudos, cargados de juncos recién cortados y de helechos secos... La noche cae, con su paz y con su frío y su tristeza. Después suena el *Angelus*, y reina en toda la aldea un tranquilo recogimiento de plegaria...

Ramuncho, silencioso como otras veces, experimenta la inquietud de su destino; sintiéndose prisionero, asediado sí por las mismas aspiraciones hacia un no sé qué desconocido que le conturba al acercarse la noche. Su corazón entonces se aflige, se oprime al pen-

sar que está solo y sin apoyo en el mundo, que Graciosa es de condición diferente á la suya y que jamás se la darán quizá.

Arrakoa, alegre, muy fraternal en este instante, le golpea en el hombro, como si hubiese comprendido su meditación y para sacarle de ella, le dice con tono placentero y jovial:

— ¡Hola, hola! ¡ Parece que ayer por la noche hablásteis mi hermana y tú; ella me lo ha dicho; y que estáis completamente de acuerdo los dos!

Ramuncho le dirigió una larga mirada, interrogativa, seria, llena de ansiedad, que contrastaba con este principio de la plática.

— Y ¿qué piensas de lo que nos dijimos?

— ¡ Oh, amigo mío — le contestó Arrakoa, cambiando de tono y hablando con gravedad, — en cuanto á mí, palabra de honor, me parece muy bien!... Y como preveo que la madre estará menos confo me, si se necesita un golpe de mano, yo os ayudaré; os lo prometo...

La tristeza de Ramuncho se disipa como un puñado de polvo que barre el viento. Después de esto, encuentra la cena deliciosa, la posada alegre. Se siente más cercano á su novia, ahora que las confidencias hechas á Graciosa las sabe otro miembro de la familia, que no le rechaza por su parte. Él había creído presentir que Arrakoa no le sería hostil; pero su

concurso, tan noblemente ofrecido, excede sus esperanzas. ¡ Pobre muchacho abandonado, tan poseído de la humildad de su situación, á quien el apoyo de otro joven, un poco mejor establecido que él en la vida, basta para infundirle valor y confianza!...

VII

Al alba incierta y un tanto frígida despertó en su cuartucho de la posada con la impresión persistente de la alegría de la víspera, en vez de las congojas difusas y embrolladas que tan frecuentemente le invadían al renovarse sus pensamientos. Afuera se oía el tintineo de los rebaños que marchaban á pastar; el bramido de las vacas al romper el día, las campanas de la iglesia y aun á esa hora temprana el estruendo, contra el muro de la plaza, de los golpes secos de la pelota vasca; todos los ruidos de un pueblo del Pirineo que con el sol saliente vuelve á empezar su rutinera vida. Y el conjunto parecía á Ramuncho el amanecer de una fiesta.

Muy temprano volvieron á subir Arrakoa y él al cochecillo, y metiéndose la boina hasta las orejas, para defenderse del viento de la marcha, partieron al galope de su caballo por los caminos espolvoreados de escarcha nocturna.

Cuando llegaron á Etchezar al mediodía, hubiéranse podido creer en el estío; tan hermoso era el sol.

Graciosa estaba sentada en un banco de piedra en el jardincillo delantero de su casa.

— Ya he hablado con Arrakoa — la dijo Ramuncho con sonrisa de júbilo en cuanto estuvieron solos... — Ya sabes que está de nuestra parte.

— ¡Bah! — respondió la muchacha sin perder el aire pensativo que tenía aquella mañana; — si de mi hermano Arrakoa no dudaba; tenía la seguridad de que nos favorecería. Su ideal, lo encuentra en ti; eres jugador de pelota, y eso lo dice todo para él...

— Pero tu madre, Graciosa, está mejor conmigo desde hace algunos días, ó se me figura al menos. Acuérdate del domingo, cuando te pedí que bailaras conmigo...

— ¡No te fies, Ramunchín...! ¿Hablas de anteayer al salir de misa?... ¿No la viste hablar con la Buena Madre?... Pues ésta luchaba por que yo no bailase contigo en la plaza, y mamá, entonces, sólo por contrariarla... ¿entiendes?... Pero no te fies, no...

— ¡Ah, sí! — respondió Ramuncho sintiendo su alegría deshecha y abatida; — verdad que ellas no están muy de acuerdo...

— ¿Mamá y la Buena Madre?... Como el perro y el gato... Desde que se trató de mi entrada en el convento... ¿no te acuerdas de esa historia?

El se acordaba muy bien y sentía miedo aún. Las religiosas habían deseado llevar á la paz

del claustro aquella cabecita rubia, exaltada y ardiente, poseída de una inmensa necesidad de amar y de ser amada...

— Graciosa, tú estás siempre en el convento ó con las hermanas; ¿por qué? explícamelo : ¿te gusta mucho su vida?

— Las hermanas, no, Ramuncho, sobre todo las de ahora, que son nuevas en el país y apenas las conozco, porque las mudan con frecuencia, como bien sabes... Las hermanas, no; en cuanto á la Buena Madre, es como mamá; no puedo oirla...

— ¿Pues entonces, qué...?

— Pero ¡qué quieres! me gustan sus cánticos, sus blancas capillas, su casa, todo... No puedo explicártelo bien... Y, además, que no lo comprendéis los chicos...

Su sonrisa, al decir tales palabras, se extinguió tristemente, trocándose en una expresión contemplativa, ó mejor de *ausencia*, que Ramuncho había observado frecuentemente en ella. Graciosa miraba con atención al frente suyo, donde no había, sin embargo, otra cosa que el camino sin viandantes, los árboles deshojados y la mole pardusca de la montaña abrumadora; pero se hubiera podido decir que la joven estaba sumida en melancólico éxtasis contemplando algo, un no sé qué, que sus ojos percibían y que estaba oculto á los de Ramuncho... Durante

el breve silencio de los dos, se oyó el *Angelus* del mediodía, difundiendo paz cada vez mayor sobre el sosegado pueblo que se reanimaba al sol de invierno; y ella y él inclinaron la cabeza y fervorosamente hicieron la señal de la cruz...

Después, cuando acabó de vibrar la santa campana, que en las aldeas vascas interrumpe la vida, como en Oriente el canto del muezzín, Ramuncho se decidió á hablar.

— Me causa miedo, Graciosa, verte siempre en su compañía... Y no dejo de preguntarme qué ideas son las que albergas en el fondo de tu cabeza...

Fijando en él la profunda negrura de sus ojos, contestóle ella con tono de dulce reconvención :

— ¡No sé por qué me hablas así después de lo que nos dijimos el domingo por la noche!... Si te perdiese á tí, entonces, quizá... mejor diré, seguramente... Pero hasta entonces, ¡oh, no! puedes estar tranquilo, mi Ramuncho...

Él sostuvo largamente esta mirada que poco á poco le devolvía la deliciosa confianza que perdiera, y acabó por sonreír con sonrisa de niño :

— ¡Perdóname, ya sabes que muchas veces digo unas tonterías!...

— Como esta, por ejemplo, ¿verdad?

Y se dejaron oír dos carcajadas que, con entonaciones diferentes, delataban la misma juventud é igual frescura. Ramuncho, con un gesto

brusco y gracioso que le era familiar, cambió la chaqueta de un hombro al otro, se echó á un lado la boina, y sin otro adiós que un pequeño movimiento de cabeza, se separaron los dos porque Dolores venía por allá abajo, al extremo del camino.

VIII

Son las doce de una noche de invierno infernalmente negra; zumba el viento y la lluvia se desata con ímpetu deshecho. En la orilla del Bidasoa, en medio de un suelo engañoso é incierto, que evoca en la mente la idea del caos, entre un cieno donde los pies se hunden, varios hombres transportan cajas sobre los hombros, y penenetrando en el agua hasta la rodilla van á dejarlas en un objeto largo, más negro que la noche, que debe de ser una barca, una barca sospechosa y sin farol, amarrada cerca del ribazo.

Es la cuadrilla de Itchúa, que esta vez va á trabajar en el río. Han dormido algunos momentos los hombres que la forman, sin desnudarse, en casa de un encubridor que habita cerca de las aguas, y á la hora convenida, Itchúa, que no cierra nunca más que un ojo, ha despertado á los suyos; después han salido sigilosamente, con pasos de lobos, á través de las tinieblas, bajo el chaparrón tan favorable para los contrabandos.

Y marchan á todo remo hacia España, cuyas

lucos se ven á la lejos empañadas por la lluvia. El tiempo es horrible, parecen desencadenados los elementos todos; las camisas de los hombres chorrean agua, y bajo las boinas, metidas hasta los ojos, el viento parece que corta las orejas. Sin embargo, merced al vigor de los brazos, avanzan velozmente y bien, cuando aparece de repente en la obscuridad algo como un monstruo que se aproxima deslizándose sobre la superficie del agua. ¡Mal negocio! Es el batel de ronda, en el que van todas las noches los aduaneros españoles. Es preciso cambiar de dirección precipitadamente, con mañosa habilidad, y perder en la maniobra un tiempo precioso, cuando ya va siendo tarde.

Al fin, no obstante, han llegado sin contratiempo muy cerca de la orilla española, á confundirse con las grandes lanchas de pesca que en las noches de tormenta duermen encadenadas delante de la *Marina* de Fuenterrabia. Es el instante del mayor peligro. Por ventura la lluvia les es fiel y cae á torrentes todavía. Agazapados en su bote para abultar menos, y silenciosos todos ellos, se apoyan en el fondo con los remos para meter menos ruido, se acercan suavemente, muy suavemente, deteniéndose en cuanto parece que alguna cosa se mueve entre las tinieblas difusas y las sombras indecisas.

Ya están agazapados contra una de aquellas

grandes barcas vacías; casi tocan la tierra. Ese es el punto convenido, en el que deben estar los camaradas del otro país para recibirlos y llevar las cajas del contrabando hasta la casa que ha de ocultarlas... No hay nadie... ¿Dónde se han ido...? Los primeros instantes pasan en una especie de paroxismo de atención y de acecho que redobla el poder de la vista y del oído. Con los ojos dilatados y las orejas tendidas, espían, bajo el chorrear monótono de la lluvia... ¿Pero dónde están los compañeros españoles? Sin duda que ha pasado la hora de la cita á causa de la malhadada ronda de la Aduana que ha echado á perder el viaje, y creyendo aquéllos que ha fracasado el golpe, por esta vez se han vuelto á marchar...

Transcurren aún algunos minutos, en igual inmovilidad, en el mismo silencio. Se distinguen alrededor las barcas, grandes é inertes, como cadáveres de animales flotantes, y después, por encima del agua, más allá, un montón de sombras más densas que las del cielo; son las casas y las montañas de la ribera... Los contrabandistas esperan, sin el menor movimiento. Diríase que son barqueros-fantasmas á orillas de una ciudad muerta.

Poco á poco se relaja la tensión de sus sentidos, se apodera de ellos una laxitud invasora y soñolienta; se dormirían, allí mismo, bajo

la lluvia inverniza, si el lugar no fuese tan peligroso.

Itchúa, en voz muy baja y hablando en vascuence, celebra consejo con los dos más viejos del bando y deciden acometer una empresa arriesgada. Puesto que los otros no vienen... tanto peor, ellos intentarán ir allá; llevar hasta la casa, muy abajo, los cajones contrabandeados. Ofrece graves riesgos la aventura; pero se les ha metido en la cabeza y nada les detendrá para realizarla.

— Tú — le dice Itchúa á Ramuncho, con su manera especial de mandar, que no admite réplica, — tú, pequeño, te quedarás aquí cuidando el bote, puesto que no has venido nunca por el camino que vamos á llevar; lo amarras á tierra, pero con un lazo no muy fuerte, ya me entiendes, á fin de soltarlo pronto y sin ruido, en caso que llegasen los carabineros.

Los demás se marcharon, encorvando las espaldas bajo la pesada carga; el roce casi imperceptible de sus pasos en el suelo se extinguió en seguida en el muelle desierto y oscuro, en medio del monorrítmico zumbir del aguacero. Ramuncho quedó solo, agazapado en el fondo del bote para que no le viesan, de nuevo inmóvil bajo el baño incesante de la lluvia que cae en este instante regular y tranquila.

Los compañeros tardaban en venir y gradual-

mente, en esta inacción y este silencio, se apoderó de él un irresistible entorpecimiento que confinaba con el sueño.

De pronto una forma larga, más negra que la misma sombra, pasó á su lado muy rápida, siempre en medio del silencio absoluto que les da su carácter distintivo á aquellas empresas nocturnas; es una de las lanchas grandes españolas... Pero ¿qué es esto, qué sucede? piensa, ¡ si todas están ancladas y no tienen ni velas ni remeros!... De repente lo comprende todo: su bote estaba ligeramente amarrado y la corriente, muy rápida aquí, le arrastra... ¡ Ya está lejos, camino de la desembocadura del Bidasoa, hacia las rompientes, hacia el mar!...

Una ansiedad casi angustiosa se apodera de él... ¿Qué va á hacer ahora...? Y lo que es más grave, es preciso obrar sin un grito de socorro, sin un ruido, porque á lo largo de aquella costa, que parece el país del vacío y las tinieblas, hay carabineros escalonados en interminable cordón, que velan todas las noches en la raya española como sobre tierra prohibida.. Trata de apoyarse en el fondo con uno de los remos largos para volver hacia atrás, pero ya no se toca el fondo, no se encuentra más que la inconsistencia del agua negra que huye, y la profundidad es muy grande... ¡ Á remar, cueste lo que cueste!... ¡ No hay otro remedio!...

Con gran trabajo, con el sudor en la frente, sostiene él solo, contra corriente, la lancha pesada, sobresaltado á cada golpe del remo, con el chirrido delator que bien podría percibir desde allá abajo un oído agudo. No se distinguía nada á través de la lluvia espesa que empañaba los ojos; todo estaba negro, negro como las entrañas de la tierra en donde el diablo mora. Ramuncho no reconoce ya el punto de partida donde deben esperar los amigos, cuya pérdida tal vez ha causado él; duda, se detiene, con el oído atento, la respiración anhelante y se agarra, para reflexionar, á una barca grande española... Algo se aproxima, deslizándose con infinitas precauciones por la superficie del agua, apenas removida: una sombra humana, mejor dicho, una silueta, de pie — un contrabandista, seguramente, puesto que no mete ningún ruido. — Uno y otro se reconocen, se adivinan. Gracias á Dios! es Arrakoa; Arrakoa que desató un bote español, ligero y frágil, para ir en busca del amigo... ¡El encuentro de los dos se ha efectuado y una vez más, probablemente, se han salvado todos!

Pero Arrakoa, al llegar, profiere con voz sorda y rabiosa, con voz que sale apenas de entre sus dientes de felino, una serie de injurias que reclaman inmediata réplica y que suenan como un reto... Tan imprevisto ha sido el ataque, que el

estupor, de pronto, inmovilizó á Ramuncho, retardando el subir de la sangre á la cabeza. ¿Está bien lo que acaba de decirle su amigo, y con el tono insultante con que lo ha pronunciado...?

— ¿Qué me dices?

— ¡Diantre!... — responde Arrakoa dulcificando un poco sus palabras y en guardia todavía, observando en las tinieblas las actitudes de Ramuncho. — ¡Diantre! en poco ha estado que no nos hagás coger á todos por tu torpeza...

Entretanto, de un bote próximo han surgido las siluetas de los demás contrabandistas.

— Están allí — continuó Arrakoa; hunde el remo, acerquémonos á ellos.

Ramuncho volvió á ocupar su asiento de remero; las sienas le ardían, tal era su cólera; las manos le temblaban... Pero no... además, es el hermano de Graciosa; todo lo echaría á perder si se batiese con él; por ella y sólo por ella bajará la cabeza y no responderá nada, pensaba Ramuncho.

La barca, llevándolos ya á todos, se aleja á fuerza de remos; el negocio está hecho. Ya es hora; dos voces españolas se escuchan en las tinieblas de la orilla; las de dos carabineros que dormitaban envueltos en sus capotes y á quienes ha despertado el ruido... Y empiezan á llamar con la bocina aquella lancha en

fuga, sin farol, menos vista que supuesta, desaparecida luego en la universal confusión nocturna.

— Tarde acordáis, amigos — dice Itchúa con sardónica risa y remando á la desesperada. ¡Llamád á vuestro gusto ahora y que os conteste el diablo!

La corriente también les ayuda, y se alejan así en medio de la densa obscuridad con la velocidad de los peces.

Ya están en aguas francesas, en sitio seguro, no lejos, sin duda, del légamo de la orilla.

— Detengámonos para respirar un poco — dice entonces Itchúa.

Jadeantes, mojados por el sudor y la lluvia, levantan los remos los contrabandistas. De nuevo mantiéñense quietos, inmóviles, bajo el chaparrón helado que no parecen sentir. En el vasto silencio no se oye sino la respiración, más tranquila cada vez, de aquellos pechos vigorosos, la música de las gotas de agua al caer y su gorgear ligero.

De repente, de aquella barca tan silenciosa, tan perdida entre la grandeza de la noche, que más bien era una sombra que una realidad, surge un grito agudísimo, terrorífico, que llena el vacío y va después á perderse desgarrando las lejanías apagadas y silenciosas. Empieza en notas muy altas, de aquellas que sólo dan

las mujeres; pero, al mismo tiempo, con algo de ronco y poderoso que parece propio del macho de las selvas; y el timbre del rugido del chacal encerrado y á la vez un no sé qué de humano que hace estremecer; y se anhela al escucharlo, con una especie de angustia, que concluya pronto... y es largo, muy largo; de modo que oprime con su extensión inexplicable... Comienza como un bramido penetrante de agonía y termina, al extinguirse, en una especie de carcajada siniestramente burlesca como la risa de los locos...

Sin embargo, en torno del hombre que acaba de lanzar aquel grito en la proa de la lancha, ninguno de los compañeros se alarma ni se mueve. Al cabo de algunos segundos de silencio, se oye en la popa un nuevo grito semejante en respuesta al primero y que va pasando por las mismas faces, de tradición infinitamente antigua.

Ese es el *irrintzina*, el gran grito vasco, que se ha transmitido con fidelidad desde el abismo de las edades hasta los hombres de hoy y que constituye una de las peculiaridades de esta raza de misteriosos orígenes.

Parécese el tal grito á los de llamada de ciertas tribus Pieles Rojas en los bosques de América; en la noche, evoca la noción y el insondable espanto de los tiempos primitivos, cuando,

en medio de las soledades del antiguo mundo, aullaban los hombres con gargantas de monos.

Dan los éuskaros aquellos gritos durante sus fiestas ó para llamarse por la noche en la montaña, y especialmente para celebrar un suceso alegre y próspero, una ventura imprevista, una gran caza ó una redada abundante en el agua de los ríos.

Los contrabandistas divertíanse con este juego de sus mayores; lanzando ese grito para glorificar su empresa, llevada á feliz término, y por necesidad física, para desquitarse así del obligado silencio de tantas horas.

Pero Ramuncho permanece callado, sin sonreír siquiera. Aquellos gritos le anonadan, le hielan, aunque le son tan conocidos. Le sumergen en aquellas meditaciones inquietantes que no logra precisar ni esclarecer.

Además, ha sentido aquella noche, una vez más, cuán incierto y mudable es su único apoyo en el mundo, el apoyo de Arrakoa, á quien tenía que considerar como á un hermano; sus audacias y sus éxitos en el juego de pelota le devolverán, sin duda, su cariño, pero una bagatela, una nonada podría también arrebatárselo en un instante. Y entonces le parece que la esperanza de su vida no tiene ya fundamento, que todo se ha desvanecido como una inconsistente quimera.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
IX
Apto. 3665 MONTERREY, MEXICO

Era la noche de San Silvestre.

Todo el día habíase visto aquel cielo sombrío tan frecuente en el país vasco y que concuerda tan bien con las ásperas montañas y con el mar rugiente y alborotado, allá abajo, en el fondo del Golfo de Vizcaya.

Á la hora del crepúsculo de este último día del año, cuando las ramas secas, retorciéndose en el fuego, convocan á los hombres alrededor de los hogares dispersos en los campos; á esa hora en que es delicioso y apetecible el albergue abrigado de la casa, Ramuncho y su madre, al ir á sentarse para cenar, oyeron que llamaban discretamente en la puerta.

El forastero nocturno, al pronto les pareció desconocido; cuando dijo su nombre, José Bidegaray, de Hasparitz, se acordaron del marinerero que algunos años atrás había emprendido el camino de América.

Le brindaron una silla, se sentó y dijo :

— Mirad el encargo que traigo. Una vez, en Rosario del Uruguay, hablando en los docks con otros vascos emigrados, un hombre, que podría